

DE LAS NUPCIAS DEL CIELO Y DE LA TIERRA

MARÍA ISABEL SAAVEDRA

*Yo escribo para cambiarme a mí mismo
y no pensar de la misma forma que antes*
Michel Foucault

Víctor Toledo. *Alba y abla. Antología personal*. Buenos Aires: Leviatán, 2014.

Tal como lo anunciara Roland Barthes: “El texto que usted escribe debe probarme que me *desea*. Esa prueba existe: es la escritura”. En lo que sigue –y sin ningún afán de exhaustividad, puesto que no cabe aquí semejante ambición– intentaré dar cuenta de mi experiencia con esa *prueba* que sin duda constituye para mí *Alba y abla. Antología personal* (2014), del poeta mexicano Víctor Toledo. Cabe en este punto explicitar que lo que más me interesa –aquello que no cesa de convocarme en su *escritura* ciertamente díscola– es ese murmullo que deja oír un saber precartesiano donde signatura, significante y significado están siempre ligados.

Hay que decir –por esto mismo– que en el delta poético de Víctor Toledo se puede entrever la aspiración encarnada de aquel mito de los hombres pájaros donde la cinestesia hace pie en la Tierra, pero no menos que en el cielo. Leamos pues a Víctor Toledo en *POEMAS DEL DIDZHAZÁ (Poemas de la palabra nube)* (1985):

Exégesis de mis hermanos Biniza
(los hombres nube)

Somos los descendientes de las nubes, campesinos,
de un soplo venimos, de la palabra nube: *didzhazá*.
Aquí las traemos en la mano como a mariposas
para preñar la tierra, negro pedazo de olla.
No hubo empresas fáciles para nosotros
ni amables caminos del día calcinador
sólo el rudo trabajo y más trabajo:
el pan del hombre bueno que decían.
Y ahí se agazapaba el amor que nos unió
Así cazamos la dulzura en los ojos de mamá.
Ella nos contaba de los lejanos binigulaza
si no había ropa que lavar
o la tarde se iba diluida
escurriendo bajo del tendadero.
Niños tuvimos que sentir
como hombres de barro ya cocido.
La venta de frutas traía a casa
la estación del sol
en la vieja carreta abandonada.
Y en la tregua tibia de las noches
bebimos a los abuelos
las leyendas enterradas
en la tierra negra de sus años.
Al tlacuache le hablamos:
que no llevara a sus hijos
los dulces ojos de nuestros animales.
Pues crecimos en una casa crujiente
y multihabitada como el Arca de Noé
en aquellos diluvios tropicales.
Nuestro padre,
cazador que jamás cobró pieza alguna
enseñó a conservar la dignidad cual oro rojo.
Nuestra madre,
tehuana clara, sencilla como agua,
mostró el equilibrio entre la palabra y la verdad:

Ser hombre era callar y ver de frente
el trallazo del rayo en la montaña
y sólo hablar cuando a la voz nada enturbiara.
Nunca supe cómo pudimos crecer

cargando tanto peso
tanta hambre y barro y agua
en los bolsillos y en el alma.
Y estrellas jorobadas de ansiedad.
Mirad a mis hermanos binizá.

Ahora bien: ¿Qué niño no ha volado en círculos? ¿No deberíamos buscar ya en aquel niño las primeras huellas de su quehacer poético? El poeta hace lo mismo que el niño: construye castillos en el aire, los toma muy en serio, reflexiona acerca de estos y los dota de afecto. Es en este punto donde el goce estético nos remite a las ficciones de las escenas del juego, escenas oníricas, fantasías diurnas. Veamos entonces otro ejemplo en este sentido:

¿Recuerdas cuando íbamos al río y él venía de nosotros?
Padre me regalaste mi nual: un juguete felino enamorado
Pescábamos para jugar a ensartar el azar y atarlo al tiempo
así nos pesca rumorosa aquella en su momento
como antes de la tromba que envuelve en la gardenia a la sabana
y nos separa de las turbias espumas del amor.

Es innegable: hay en *Alba y abla. Antología personal* (2014) una búsqueda de la perfección en el sentido supremo; es decir: búsqueda de los signos del Cielo en la Tierra; de este modo –en consecuencia– se nos recuerda que en la creación ordenada de la naturaleza no hay más que pletórica unidad, y que la dicotomía entre el Cielo y la Tierra es –en rigor– propia de la cultura contemporánea. Leamos entonces –a propósito– un pasaje de “Retrato de mi padre en medio de la zafra”, incluido en *Retrato de familia con algunas hojas* (1999):

y por eso reclamas que a mi madre
no termine de explicar por qué no te has ido
y se seca asida a la ácida tormenta de tu ausencia,

más sabia que Descartes.
¿Por qué no supe de tu muerte
no traté de contener tu nueva cacería
y sofocar a tiempo el rumor de hojas secas que llegaba de la mar?

Pero además: ¿No es acaso ya el título de este libro de 1999 un franco reconocimiento de una deuda que involucra los signos de un rumor que llegaba del mar?

Con *La zorra azul* (1996), Víctor Toledo indaga en el mito eslavo de la temible Baba Yaga; sabe Baba Yaga que nuestro poeta va a ingresar –sin temor o con él– a ese mundo liminar con el propósito cierto de llenar su caldero de vivencias y visiones poéticas y proféticas; en fin: quizá porque Baba Yaga puede volar por el aire también, asemejándose a una nube oscura que amenaza con ocultar la luz del día.

En el remolino de aire en el que cruza Baba Yaga el día o la noche alunada y azul –y en la estela que deja su almiraz donde viaja y va borrando su rastro– el poeta oye una música que se traduce magistralmente en cada uno de los versos del magnífico poema titulado “Presagios de la bruja Baba Yaga”. Diría que he podido oír en este poema –una vez más– el murmullo hermético y mágico de los signos de antiguas tradiciones:

Un pájaro extranjero vendrá a cantar en el claro del bosque nuestra
[canción olvidada.
Quien bebe de la copa dorada del dragón saborea la ambrosía
esla-
[va y paladea su fuego esencial.
Si en invierno la puesta del sol es lapislázuli, de oro, rosa luminoso
o supura un tono verde, llegará la claridad –incluso si hay nubes
acechando al tigre blanco de las formas y sonidos.
Pero si un color oscuro se entrevista con la luz: habrá tormenta

[nocturna y vendrán rugiendo los relámpagos desde el Oriente.
Oriente: oración de oro, si a la puesta de la mesa del sol van
las nu-
[bes invitadas, llegará un fuerte viento consagrando la Primavera
[con su ritmo.
Oriente oración y oro.

Y leeré –asimismo– estos versos que llegaron hasta mí como un súbito infinito detenido:

En Otoño, las hojas más altas de los abedules al ponerse rojas y amarillas adelantan la Primavera Sagrada.
Entonces, bajo un poderoso árbol, racimo de frutas exquisitas caerán partidos los amantes por el rayo del amor.
La zorra azul se volverá hierba la hierba carpa la carpa dragón el dragón tiempo de jade (agua y rayo) la lluvia dorada hongo Matamoscas Mujamor rojiblanco el hongo esperma celeste.

Hay que decir que en *Del mínimo infinito* (1998) se intuye una voz –quizá otra voz– que se hace profunda y que horada en el interior de las cosas no solo de su mundo particular, sino también en múltiples aspectos del mundo sin más.

En efecto, es precisamente en su poema “Así el tiempo no existe”, el lugar donde interroga la narratividad significadora del tiempo, no como convención ordinaria que marca y ordena el despliegue existencial, sino como un enigma, propio de la dimensión ontológicamente eterna de aquél, casi como si en ello se pudiera percibir lo Sagrado.

Cito, a propósito:

Así que el tiempo no existe
lo real es más que la racionalidad
y más rico que la irracionalidad.

Dentro de cada cosa hay un reloj de arena
(Y en cada grano de oro seco un mar de brillos)
En el pico ansioso del ave y el óxido violento de la luz
En el brillo esmerilado de tus ojos
Que no creen lo que miran que ven lo que no saben
En mis manos que al recorrer tu cuerpo se construyen para siempre
Y se destrozan

En la noche de esta cansada eternidad.

En *Oro en canto son oro: sor tija de hadas* (2013), la acción poética estalla –una vez más– en polivalencia de sentido. Ciertamente: en el insurrecto escenario polifacético que aquí se instaura, el poeta no renuncia a la rebeldía inocente, infantil y lúdica. En suma: juegos de luces, juegos de hadas, juegos del lenguaje poético. Escuchemos algo de “Allí duerme Titania (La humedad del resplandor)”:

Hay un arroyo escondido
Donde Titania se baña
entre la honda montaña
Brilla su anillo perdido.
Es una rosa y un nido
Es una letra encarnada
Con el secreto del hada.
Rojilengua de su dueño
En el resplandor del sueño
De la violeta violada.

Así mismo, en *Ver de mar de ver* (2013), año en el que nuestro poeta decide usar como heterónimo de Víctor Toledo parte de su nombre, Manuel Contreras, examina –poéticamente– otro de los grandes misterios antropológicos: el ritmo. Lo piensa –para mí ver– como un continente de lo móvil, de la libertad. Y es la naturaleza quien se brinda en indicios, búsqueda –tal vez– de aquella

“razón recta” que anima al deseo poético, el Verbo Iniciador se manifiesta en signaturas tan sutiles como la vibración de las alas del colibrí. Escuchemos, a modo de ejemplo un fragmento de este sublime poema titulado “Tú sostienes colibrí”:

Tú sostienes colibrí
en tus alas todo el mar.
Con tu métrica incesante
despliegas el movimiento
del color y las esencias
del jardín.

Y más adelante nos dice

Suspendiste con tu brío
toda rotación astral
Colibrí –libre albedrío
del Espíritu en la nada
pues traslúcida es tu huella
Claridad.

Para finalizar, diría que Víctor Toledo movió la piedra y yo me asomé entonces –quizá desde lejos– a contemplar extasiada un sembradío de Rosagramas púrpuras donde un enjambre de hadas y ondinas transparentes sigue el rastro borrado de Baga Yaga.